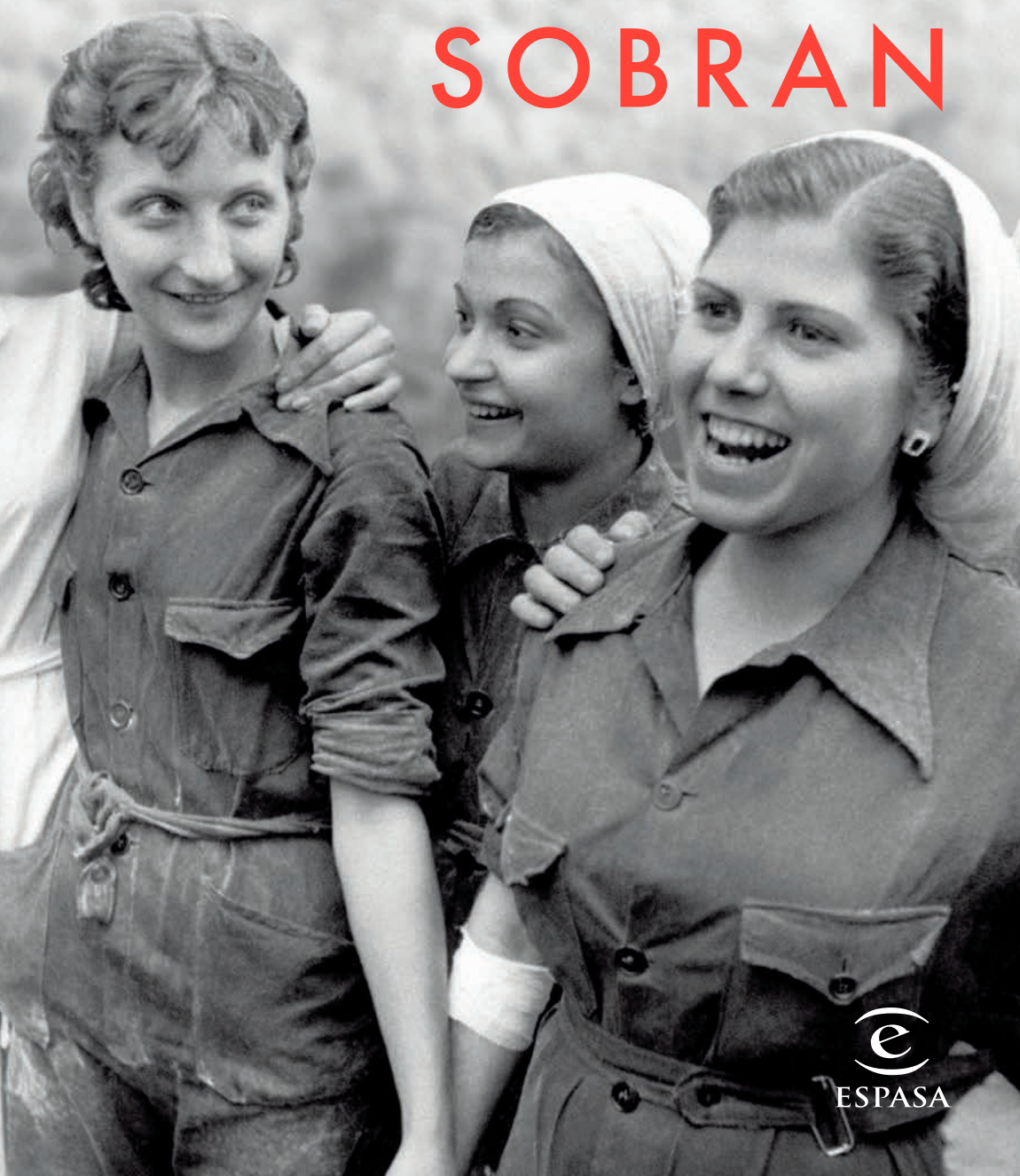


FERMINA CAÑAVERAS

EL BAILE
DE LAS QUE
SOBRAN



ESPASA

FERMINA CAÑAVERAS

EL BAILE DE LAS QUE SOBRAN



© Fermina Cañaveras, 2025
© Editorial Planeta, S.A., 2025
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: enero de 2025

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 22.236-2024
ISBN: 978-84-670-7535-9

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impresión: Unigraf, S. L.
Impreso en España - *Printed in Spain*



COLGADA EN PUNTOS SUSPENSIVOS
1959

Claudia caminaba orgullosa por la majestuosa plaza del Caudillo, había quedado con su madre y su abuela. Como cada día, pasaba a recogerlas a la salida de su trabajo. Pero aquel era diferente, especial; en cada paso que daba, se sentía poderosa por haberlo conseguido, era imposible borrar esa sonrisilla que se había instalado en su cara. Después de muchos intentos, de suplicar una oportunidad, lo había logrado. No era demasiado, un pequeño paso más hacia su propósito: ser artista. Desde que tenía uso de razón soñaba con interpretar, con meterse en la piel de otras personas y así dar un poco de sentido a su triste vida, repleta de prohibiciones: prohibido salir de Valencia, prohibido hablar de ciertos temas, prohibido bailar... Todo estaba mal, solo estaba permitido trabajar los fines de semana y estudiar para ser alguien en la vida, concretamente, abogada. No quería ser abogada, estudiaba porque sentía que se lo debía a las mujeres que tantos sacrificios estaban

haciendo por ella; sobre todo su abuela, que seguía deslomándose. Ya había elegido lo que quería ser y nada tenía que ver con leyes y juzgados, pero también era una de las prohibiciones impuestas. No sabía a qué se debía tal comportamiento; sin duda, había una razón muy poderosa que nunca se atrevió a preguntar. Su madre y su abuela no entendían lo que la mujer espigada, de belleza clásica y eterna, y de mirada intensa y poderosa, sentía en sus entrañas y le recorría cada parte de su cuerpo cuando se subía al escenario y se plantaba ante al patio de butacas vacío, inerte y repleto de mugre después de terminar las sesiones de tarde. Deseaba poder mostrar lo que siempre había hecho desde pequeña a escondidas. Tenía la completa seguridad de estar bendecida por ese don que solo algunos tienen la suerte de poseer, el don de la interpretación.

Estaba acostumbrada a hacerlo desde que tenía uso de razón, inventaba historias sobre su padre, su abuelo, y siempre que algún curioso preguntaba, Claudia salía airosa y triunfante gracias a sus interpretaciones, a idear una vida que no sabía si coincidiría con la de su abuelo y su padre, o quizás con la de otras personas, ya que nadie en su familia le había brindado la oportunidad de conocerla. Hablar de lo que sucedió antes de que ella naciera, hablar del pasado también estaba prohibido. Posiblemente por los traumas de las mujeres de su familia. Su vida se basaba en eso, en ser alguien a quien le faltaba

una parte, una mitad, y en mentir siempre que algún entrometido preguntaba precisamente por la mitad que le faltaba. Por eso, desde pequeña había decidido adoptar el papel que le correspondía. Según su abuela y la mujer ausente que se pasaba la vida distraída olisqueándose los dedos de las manos y que decía ser su madre, era lo que tocaba en aquellos años tan convulsos y extraños de falsa libertad: no quedaba otra que seguir caminando de puntillas, sin llamar la atención. Pero Claudia ya no estaba por la labor de seguir ese camino; estaba decidido, iba a ser artista, aunque el precio a pagar fuera elevado. Las guerras perdidas no eran las suyas y no entendía los constantes momentos de pánico de las mujeres de su familia; sabía que era hija de la revolución y, por lo tanto, debía continuar luchando, pero en la suya y a su manera. Su guerra estaba a punto de empezar al igual que un nuevo año: 1960 sería el comienzo y sus batallas las pelearía como ella eligiera. La mujer de mirada valiente, que cuando la clavaba en alguien lo desarmaba, lo tenía claro: no estaba dispuesta a desaprovechar la oportunidad que le había brindado el dueño del teatro-cine Olympia, uno de los mejores de la ciudad y con más solera. Los tiempos y las preferencias del público lo habían convertido en un cine, pero nadie podía olvidar que el Olympia abrió sus puertas en 1915 con la ópera de Rossini *El barbero de Sevilla*, y que lo más selecto de la sociedad valenciana había

pasado por allí; era todo un privilegio debutar sobre sus tablas.

Claudia trabajaba allí como limpiadora los jueves, viernes, sábados y domingo. Comenzó con apenas catorce años. No había tardado demasiado en ganarse la confianza de su jefe y consiguió ser taquillera en cuestión de dos años. Más tarde empezó a ayudar a Pepín con las bobinas en la sala de proyección, y después de seis largos y duros años de trabajo, iba a subirse a su escenario. De momento solo los domingos, el día de sesión doble, entre una y otra película, para que la gente no se impacientara mientras Pepín preparaba el siguiente pase: justo antes del noticiario cinematográfico español que todo el mundo conocía como NO-DO, Claudia tendría su oportunidad.

Sin apenas darse cuenta, ensimismada por lo que se le venía encima: los ensayos con el grupo de teatro de aficionados que el Olympia había puesto en marcha, la chica limpiadora, taquillera y ayudante de Pepín llegó a su destino: no más de trece minutos separaban su trabajo de la puerta de entrada y salida de los empleados del hotel y fonda España, donde Tomasa y Visitación trabajaban limpiando habitaciones. La plaza del Caudillo era un hervidero de gente, uno de los lugares más concurridos de la ciudad, lleno de vida y adornado por grandes letreros: Calzados La Imperial, Librería Bello, Sastrería Ibáñez o el mítico cartel de Brandy Veterano. Claudia

se sentó en una de las escalinatas y miró el reloj; en cuestión de segundos vio salir a los únicos miembros de su familia, se levantó y corrió hacía ellas como una chiquilla, no podía ocultar la inmensa felicidad que se había apoderado de todo su ser. Marchó a paso ligero hacía las mujeres, como cuando era una niña, y las abrazó sin apenas darles tiempo de reaccionar a aquel abrazo tan impulsivo y sospechoso.

—¿A qué se debe este regalo? —preguntó su abuela Tomasa.

—Estoy contenta de ver a las personas que más quiero en este mundo.

—A tu madre podrás engañarla, pero a la vieja de tu abuela imposible, niña. Tú buscas algo.

—Claro, abuela, os busco a vosotras, como siempre: ¿no puede estar una contenta de ver a su madre y su abuela?

Las cogió de la mano como cuando era pequeña y se marcharon a casa. Se sentía segura entre ellas, era su refugio, su hogar, aunque estuviera repleto de negativas. Visi caminaba como si ella no fuera la madre y necesitara que la protegieran de lo que sucedía a su alrededor. Claudia, agarrada fuertemente a la mano de su madre, le hizo la pregunta que más veces le repetía: «¿Está todo bien, mamá?». Conocía la respuesta, siempre era la misma, un tímido «sí» que salía de sus labios, como si le costase pronunciar las palabras, como si fuera un mero espectador al que no le importa demasiado la función. Visi tran-

sitaba por la vida sin ganas; su rostro cansado y hastiado aún conservaba la belleza que la acompañaba en otros tiempos, esa lozanía y esa alegría se habían quedado en algún lugar que su hija desconocía. Había volado por los aires al igual que su corazón. Mujer muy hermosa, delicada y frágil, como si fuera a romperse cada vez que su quebradizo cuerpo se movía. Era menuda como Claudia y con unos impresionantes ojos negros, ojos tristes con mucha vida en cada una de sus cuencas, ojos que delataban sufrimiento, pero que te atrapaban y no te soltaban una vez que habías caído en esa mirada oscura y profunda donde lo único que reinaba era la impotencia, la desolación, el aislamiento y la aceptación de la pérdida absoluta.

INTENTANDO SER LIBRE DE PENSAMIENTO
1959

La Navidad era la excusa perfecta para comenzar los ensayos sin que Visi y Tomasa se enterasen. Estaba nerviosa, no le entraba bocado alguno y decidió no comer nada, ni tan siquiera una cucharada de mermelada de naranja que la abuela tomaba prestada de las cocinas del hotel; adoraba ese regusto amargo que se apoderaba de su boca y se quedaba instalado allí algún tiempo. Una vez aseada y peinada, con su pelo negro recogido en una pulcra coleta, puso rumbo hacia el Olympia. Le encantaba trabajar allí y aquel día era muy especial, estaba nerviosa. Caminaba rápido; la ciudad rebosaba aroma a fiesta por los cuatro costados. Sin apenas darse cuenta, ya estaba frente a la puerta del teatro-cine. Sus delgadas y torneadas piernas comenzaron a temblar, no conseguía controlarlas. Respiró profundamente, concediéndole a sus pulmones que se llenaran de aire, de ese aire limpio que caracteriza a las ciudades costeras, y empujó la puerta más nerviosa que el pri-

mer día que entró a trabajar allí ya hacía ya seis años. Recorrió los pasillos laberínticos hasta llegar a bambalinas; a lo lejos podía escuchar una voz femenina completamente desconocida. Retiró la enorme cortina de terciopelo rojo con galones dorados en los extremos y decidió dar el paso que la separaba de un puñado de desconocidos sentados sobre las tablas del escenario.

—¡Buenos días! Siento interrumpir —dijo con un tono de voz quebrado que ni ella reconocía.

—Tranquila, no hemos empezado todavía, solo estamos haciendo las presentaciones. Soy Felisa Almanza, la encargada del grupo y de todo este tinglado, y estos son Angustias, Pedro, Jimena, Antonio, Pepa y Virtudes. ¡Bienvenida! Toma asiento, por favor.

Se sentó en el suelo con seis rostros desconocidos formando un círculo y, en cuanto estuvo acomodada, Felisa la invitó a que se presentara.

—¿Me pongo de pie o lo hago sentada?

—Como te resulte más cómodo, querida; respira y suéltate. Te noto un poco nerviosa —dijo Felisa.

Se levantó, se puso en medio del círculo formado por los que ahora eran sus nuevos compañeros y les contó quién era.

—Me llamo Claudia Martos Carnero, estudiante del PREU y enamorada del teatro, de la danza y del cine desde que comencé a trabajar aquí. Soy la chica para todo. Me gustaría ser actriz y bailarina. Cuando don Teodoro Arias me propuso formar parte del

grupo de teatro, no dude en aceptar. No soy una profesional, actúo sin público con un reducido grupo de estudiantes en un antiguo local al lado del puerto, propiedad de un viejo republicano anclado en el pasado y enamorado de la cultura. En su local, repleto de redes, arpones y utensilios de pesca enmohecidos por el paso del tiempo, me siento feliz, completa. Recitando poemas del *Romancero gitano*, bailando al son del zorongo entonado por la Argentinita que sale por la vieja gramola. Sé que tengo un camino duro y muy largo que recorrer. Estaré encantada de hacer este camino junto a todos vosotros, espero aprender mucho y estar a la altura.

Claudia regresó a su sitio entre aplausos de sus nuevos compañeros, vigilada por la mirada extraña, curiosa e indiscreta de Felisa, la profesora de teatro. Se había clavado en ella, Claudia comenzaba a estar incómoda. La mujer que la había recibido amablemente no dejaba de mirarla mientras explicaba la forma de trabajar y la obra a representar.

—Como todos sabéis, Teodoro ha decidido que las obras de teatro vuelvan a este magnífico escenario. El Olympia siempre fue un teatro, pero las circunstancias hicieron que se convirtiera en un cine a las órdenes del Régimen; por eso, y para que Teodoro no tenga problemas, vamos a representar obras afines: son cortas y por desgracia no podrán representarse completas en una sola sesión. Esto tiene sus pros y sus contras; es decir, que, si somos bue-

nos y la gente se engancha a la representación, estarán deseando que llegue el próximo domingo para ver el desenlace, y tenemos un tiempo limitado: el descanso entre una película y otra. Si gusta, el Olympia tendrá más ingresos, ya que el público llenará el patio de butacas para ver el final de la obra y estará obligado a pagar por la sesión doble. Necesitamos algo que enganche, que sea divertido, para que la gente se pueda olvidar un poco de sus problemas. Vamos a representar *Los amores de la Nati*, de Pilar Millán Astray, la hermana del legionario que se hizo célebre por sus vivas a la muerte. —Felisa comenzó a repartir los cuadernillos de ensayo—. Ya sé que no es lo que más nos apetece, pero al menos nos dejan actuar, es una forma de llevarlo mejor, de que este Régimen se nos haga un poquito más soportable. Todos los aquí presentes somos parte de la Valencia roja, heredera de la hegemonía republicana y revolucionaria que debe ser purgada y castigada, así que hay que tomárselo como una forma de resistencia: la cultura es un arma muy poderosa. Necesito que conozcáis la obra, leedla, empapaos bien, y mañana haremos las pruebas para repartir los papeles. Estoy al tanto de que los ensayos deben ser cortos, ya que la mayoría trabajáis, pero tengo plena confianza en vuestra experiencia y saber estar, y si alguno está un poco más verde, aquí estamos el resto de los compañeros para echar una mano. ¿Entendido?

—Entendido —repitieron todos al unísono.

Mientras se levantaban de las tablas del histórico Olympia, Felisa le pidió a Claudia que le concediera unos minutos. La muchacha, que pensaba que tenía madera para el mundo del artísteo, comenzó a tener ciertas dudas; sus pensamientos se tornaron oscuros en cuestión de segundos, temía que Felisa no la dejase volver al próximo ensayo. No se sintió demasiado cómoda con esa expresión de la «Valencia roja», no entendía el discurso con ciertos tintes políticos que la directora acababa de soltar. Esperó con cautela a que se marchara el resto de los integrantes del grupo, se acercó a Felisa y se armó de valor.

—¿No me quieres en el grupo?

Felisa le pidió que tomara asiento en una de las butacas de la platea.

—No, por favor, no quiero que te vayas, ¿cómo puedes pensar eso? Solo quería preguntarte algo que me tiene intrigada desde que te he visto, nada más. Tu cara me resulta familiar, y cuando te has presentado, enseguida he sabido quién es la madre que te parió y que has heredado su pasión.

—Te estás confundiendo, mi madre no ha pisado un teatro en su vida, siempre ha trabajado en el hotel y fonda España, ¿lo conoces?, el que está en la plaza del Caudillo, del que todo el mundo sabe que la mismísima Sissi emperatriz se alojó en él.

—Sí, claro que lo conozco. Estaré equivocada, pero juraría que eres hija de Visitación Martos Car-

nero, más conocida en Vallecas, y en todos los teatros de Madrid, como «la Vallecanita».

Claudia, que nunca se había interesado por las guerras perdidas de las mujeres de su familia, comenzó a sentirse intrigada por lo que aquella mujer, ahora su profesora de teatro y directora de su primera obra, le estaba contando.

—En efecto mi madre se llama así, pero en su vida ha salido de Valencia; yo nací aquí y siempre ha trabajado con mi abuela de limpiadora. Mi madre nunca ha estado en Madrid. Es valenciana como yo.

—Eso es lo que decimos todas, querida. Que somos valencianas, o al menos todas las que tuvimos que dejar el teatro a finales de 1938 y salir pitando; tu madre, si no me equivoco, se quedó con su familia y con su querido Vicente. El hombre más guapo que he visto en mi vida; recuerdo que las mujeres se quedaban en las inmediaciones del teatro Lara a esperar a que saliera enganchado del brazo de tu madre para contemplarlo y que les regalara una sonrisa. Imagínate lo guapo y lo buen actor que era que hasta le aplaudían por la calle. Lo llevas en la sangre, Claudia.

No entendía nada, de un plumazo y por pura casualidad acababa de enterarse de la otra mitad que le faltaba a su vida, suponiendo que el tal Vicente del que Felisa le hablaba fuera su padre. Aturdida por lo que acababa de escuchar y con la voz quebradiza, le preguntó a Felisa si podía marcharse, y en

cuanto recibió un sí por respuesta, se levantó de la butaca con su cuadernillo de ensayo entre las manos y se alejó en silencio hacía la salida. Escuchó un «¡hasta mañana!» que provenía de la imprudente Felisa.

Al salir a la calle, las gélidas temperaturas típicas del mes de diciembre la saludaron; no sentía nada, podría haber caminado en mangas de camisa, el frío era lo que menos le importaba. Millones de preguntas pasaban por su cabeza y ninguna tenía respuesta, nunca se había sentido como había hecho que se sintiera la encargada del grupo de teatro. Era como si la hubieran arrancado de su insulsa vida en cuestión de segundos. Comenzó a pensar que no sabía a dónde pertenecía, que, si Felisa estaba en lo cierto, igual ella también había nacido en Madrid como su madre; que toda su vida era una farsa y que probablemente la tierra que pisaba no era la suya: se acababa de quedar sin tierra donde poner los pies. Enfadada, pasó de largo la entrada de la fonda y decidió no esperar a sus mujeres, a esas mujeres que tanto le prohibían.